Domingo I Adviento

Isaías 63, 16b-17. 19b; 64, 2b-7; 1 Corintios 1, 3-9; Marcos 13, 33-37

«Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer»

3 diciembre 2023 P. Carlos Padilla Esteban

«Las certezas las dejo para el cielo. En medio de las incertidumbres escucho, aguardo, callo y me pongo en camino. Sigo la senda por la que me llama. No sé nada, sólo doy el sí para cada día»

Me gustaría recorrer el adviento con el oído atento. Dios me habla de muchas maneras. Me cuesta escuchar. Me gustaría hacerlo mejor pero tengo demasiado ruido dentro del alma. Es como si me hubieran invadido el viento y la tormenta. Ruidos por todas partes que no me dejan pensar. Quisiera hacerlo bien, pero no sé cómo. Hay una canción que dice: «*Dios mío, déjame escucharte entre tantos ruidos que turban mi alma. Déjame seguirte cuando no te vea, cuando ya no espere, cuando no confíe. Déjame abrazarme a tu alma serena y seguir tus pasos por donde tú quieras*». Seguir a Jesús a ciegas exige mucho de mí. Escuchar sin saber. Intentar oír una voz que calla. Descubrir una huellas ocultas. Tomar decisiones en la oscuridad de la noche. Sin saber, sin esperar, sin comprender. No es fácil hacerlo bien. El corazón se rebela porque exige claridad, certezas, pero no llegan. Buscar la voluntad de Dios no es sencillo. Me habla de muchas maneras. Sólo en el silencio puedo comprender sus voces, interpretar sus deseos, hacer caso de lo que me pide. Está claro cuando tengo que elegir entre un bien y un mal, entre algo que me esclaviza y otra cosa que me libera. Cuando son dos bienes los que se presentan ante mí no es tan fácil la elección. Dios me habla como lo hizo con María en Nazaret, en el momento de la anunciación del Ángel. O con José en sueños. ¿Cómo habla conmigo ese Dios que me necesita y busca en medio de mi camino? Dios sale a mi encuentro. Me manda ángeles para revelarme su voluntad. Hay voces que brotan en mi corazón. Dentro de mí una voz se impone sobre el resto o en el silencio. Una voz nítida de un Dios que viene a salvarme. Un Dios que quiere que lo escuche y siga. Me habla, me insinúa el mejor camino a seguir. Es un Dios que susurra y me revela su querer. Esas voces del alma no siempre están claras. En ocasiones se confunden unas con otras. Hay voces que me dicen lo contrario, que despiertan mociones que no son de Dios. ¿Cómo distingo unas voces de las otras? Escucho, haz esto, deja aquello, sé valiente. Y no sé si siempre es lo que Dios quiere. De otras formas me habla Dios con mensajes diarios. Voces del tiempo que resuenan y tengo que interpretarlas. Una palabra de un amigo. Un suceso inesperado. Un acontecimiento a nivel mundial. Una guerra, una muerte, una enfermedad. Algo que sucede de repente y ante lo cual no sé bien qué hacer. José supo un día que tenía que ir a Belén. El censo era una señal del cielo. ¿No sería una imprudencia ponerse en camino estando su mujer embarazada y cerca de dar a luz? Nervios, indecisión. ¿Qué sería lo más prudente? ¿Qué deseaba Dios? Un acontecimiento externo a mí y que escapa a mis deseos. Yo no he provocado esa guerra. No he determinado que suceda esa desgracia. Ni he pedido que me ofrezcan un nuevo trabajo. Quisiera saber lo que Dios me pide en todas esas cosas que me acontecen mientras vivo, mientras amo. Las voces del ser me ayudan a interpretar las anteriores. Dios me habla en mi forma de ser, en mis talentos y dones con los que me ha dado un camino, una historia concreta. Dios me ha dado una vocación y ha ido mostrándome que el camino que he seguido era el que Él deseaba. Esas voces del ser tienen que ver conmigo y me ponen en mi lugar. Me alejan de los subjetivismos, de las interpretaciones erradas. Hay muchas voces que tengo que escuchar entre tantos ruidos. Voces de Dios que quieren que saque lo mejor que hay en mi alma. A veces la decisión no estará muy clara. ¿Tenía claro José que esa era la mejor decisión? Dudaría. A menudo me muevo en la niebla. Camino creyendo que por ahí van mis pasos sin tener conmigo todas las certezas. Creo que ese es el rumbo, interpreto las señales y opto por una senda en lugar de por la otra. Elijo a Dios en todo lo que hago. Sé que me va a dar luz. Quiero aceptar que su deseo va a estar claro más adelante. Ir a Belén puede ser casi una imposición de los tiempos. Dios quería que sucediera todo tal como ocurrió. José con María interpretaron las señales. No fue lo más prudente, Jesús no

nació en el lugar más seguro. Luego vino la huida y brotaron los miedos. Las certezas las dejo para el cielo. Mientras tanto, en medio de las incertidumbres escucho, aguardo, callo y me pongo en camino. Sigo la senda que me marca, el camino por el que me llama. **No sé nada, sólo doy el sí para cada día.**

Escuchar es lo que mi alma necesita. Escuchar a otros y que me escuchen. ¿Tengo algo que decir? Tengo historias por contar, pero no sé cómo hacerlo. Es verdad que me cuesta pararme a pensar en lo que me pasa. ¿Cómo te cuento lo que me sucede, lo que siento, lo que me duele, lo que me tienta? ¿Cómo le pongo palabras a mi vida? Las palabras no contienen todo lo que estoy viviendo, son incompletas, imperfectas. No sé bien cómo hacerlo para guardarlo todo, para contarlo todo. A veces no me entiendo bien, no comprendo mis sentimientos y no sé ponerle nombre a mi vida, a lo que hay en mi alma. Contar mi historia es recorrer el paso sagrado de Dios por mi alma buscando sus más leves deseos. Sus huellas suaves sobre la arena de mi camino, como en la orilla de una playa marcan un sentido. Corro el riesgo de olvidar lo importante y que las olas borren lo ocurrido. Me gusta recordar de dónde vengo, hacerlo así me da paz. Me hace sentir que todo tiene un sentido, una razón de ser. Contarte lo que soy y lo que vivo es muy importante para no olvidar y guardar dentro del alma a los que amo. Meditar sobre lo que me está pasando, siempre queriendo comprender. En el silencio de mi alma me adentro buscando palabras, imágenes, sonidos, recuerdos del tiempo recorrido. No quiero olvidarme da nada. Hay una canción de Natalia Lafourcade de la película Coco, que expresa la importancia de recordar: «*Recuérdame. Hoy me tengo que ir mi amor, recuérdame. No llores por favor. Te llevo en mi corazón y cerca me tendrás. A solas yo te cantaré soñando en regresar. Recuérdame. Aunque tengo que emigrar, recuérdame. Si mi guitarra oyes llorar. Ella con su triste cantar te acompañará. Hasta que ya en mis brazos tú estés, recuérdame. Que nuestra canción no deje de latir. Solo con tu amor yo puedo existir. Si en tu mente vivo estoy, recuérdame. Mis sueños yo te doy. Te llevo en mi corazón y te acompañaré. Aún en la distancia nunca vayas a olvidar*». Cuando recuerdo no olvido, guardo, conservo, cuido la vida que he vivido. Recuerdo y sigo amando a los que he amado en vida y ya se han ido. Y doy gracias por la vida que he vivido. Agradezco por mi historia, por mi camino. En este Adviento quiero también recorrer las huellas de José, María y Jesús. Ser capaz de hacerlo cada año es hacer memoria, no olvidar el paso sagrado de Dios por la historia del hombre, por mi propia historia. Necesito recordar todo lo que vivo, lo que me sucede. Quiero guardar como un tesoro todo lo que me pasa para saber que la vida tiene una razón de ser. Dios se hace carne en mi propia historia. Cada foto, cada palabra, cada canción cuentan. Todo merece la pena ser recordado, perdonado, acariciado. Porque hay partes de esa historia que duelen. Como el dolor de José y María cuando tienen que huir nada más nacer Jesús. El corazón humano no comprende todo lo que le pasa. El otro día leía: «*La vida son momentos. Y cortos. Hay que asumirla como tal. Son raros los momentos prolongados de total felicidad y también los de total tristeza. Para conseguir que ambos se alarguen en el tiempo, salvo en ocasiones muy extremas, uno tiene que esforzarse. La felicidad tampoco es completa mucho tiempo. Hay que luchar cada día para ser feliz aunque este maravilloso mundo nos lo ponga muchas veces difícil, Gabi. Y recordar que eso va con nuestro ser, la vida en pequeños momentos. Pasar de la risa al llanto. Así somos. Nunca esperes a que la vida deje de ser dura para decidir ser feliz*»[1]. Así miro mi historia, para ser feliz. Siempre el Adviento le devuelve la alegría a mi rostro. Y es la historia de un niño para el que no hay sitio en una posada. Un bebé al que unos pastores adoran y unos magos venidos de lejos le traen regalos. Y luego unos hombres quieren que muera un niño que no parece ser un peligro real para nadie. Huyen, para que no lo maten. Esta historia de dolor me saca una sonrisa. Pienso en la inconsciencia des sus padres recorriendo caminos solitarios en la huida. Su fe ciega, su confianza inmensa. Me conmuevo. Me arrodillo ante ese nacimiento que está en espera, aguardando el día del Nacimiento para tocar las campanas. Espero haciendo memoria, recordando. Espero contando lo que estoy viviendo, lo que he vivido. En continua acción de gracias porque la vida es larga, o corta, no importa. Siento que todo es por algo. Como los hilos del tapiz que van formando una imagen preciosa en su confusión. Recuerdo para no olvidar. Cuento para poder entender mejor lo que me está pasando. Siento que las cosas se calman cuando me arrodillo con una sonrisa en mis labios y el alma en paz. La historia se compone de muchos momentos de silencio y algunas palabras, no demasiadas, no quiero que todo esté bien explicado. ¿Qué cosas me han marcado en este último tiempo? ¿A quién le he contado el sentido de mi historia, de mi camino? ¿Cómo guardo en silencio todo lo que me sucede sin olvidar nada?

[1] Rafael Tarradas Bultó, *El valle de los arcángeles*

Quisiera recordar en mi diario la vida que va ocurriendo. Guardar el amor y las alegrías. También las tristezas y las miserias que he vivido. Los dolores que aun duelen y los que casi no importan. Las traiciones que he perdonado y las que no alcanzo a olvidar. Quiero entregárselo todo al Niño en el Belén cuando llegue el momento. Cuando sienta que es la oportunidad para vivir el ahora. Confío en todo lo que Dios hace conmigo, es un plan trazado desde el amor que me tiene. **Y en un abrazo largo y hondo descanso sabiendo que Dios me ama.**

La escucha atenta, la sonrisa, las manos que acogen. Comenta el Papa Francisco al hablar del Adviento: «*Para acoger a Dios no importa la destreza, sino la humildad; hay que bajar del pedestal y sumergirse en el agua del arrepentimiento*». No es fácil acoger a quien llega a mi vida. A veces no es el mejor momento y me resulta difícil dar la bienvenida. Estoy triste o preocupado por otras cosas. O centrado en mí mismo, en mis miedos, en mis angustias. Son esos momentos en los que no deseo que llegue nadie nuevo, nadie a quien tenga que acoger. No lo esperaba, no me hacía falta su presencia. El que acoge tiene un don. Sabe escuchar a quien llega, no habla mucho, guarda silencio para acoger las palabras de aquel con quien se encuentra. Me encantaría aprender a acoger a quien llega a mi vida en este adviento. Tener un lugar en mi mesa para el que llega de forma inesperada. Estar abierto a los cambios para hacer posible que quien llega se sienta en casa. No es tan sencillo ser un buen anfitrión. Me escondo, me refugio en mi comodidad. Como si no me importara quién viene. Hay personas con un don para hacerme sentir en casa, en mi hogar. Me hacen ver que mis raíces han crecido en profundidad y son sanas. Hay lugares que son hogar, son terruño. Tengo lugares donde me he sentido acogido, amado, querido sin exigencias. Decía el P. Kentenich: «*Algo muy hermoso cuando una persona puede tener añoranza de su terruño. Así como el terruño es algo irracional, también la añoranza del terruño es algo primariamente irracional. Es la prueba de que se tiene un corazón profundo y sano*»[2]. Hay lugares así en mi vida. Ojalá pudiera tener varios lugares en mi vida donde me pueda sentir en casa. Y añorar esos terruños que forman parte de mi historia. Lugares mágicos en los que he tocado a Dios y me he sentido profundamente amado. Porque la acogida tiene que ver con el amor recibido. Acojo con amor a quien llega para que experimente en mí su hogar. Para que ya no necesite seguir buscando. Para que pueda descansar en esta tierra que le acoge. Un terruño es un lugar para dejar allí todos mis miedos y preocupaciones. Puedo hacer de mi vida un terruño para otros. Que al llegar a mí se sientan acogidos, amados, queridos como son, sin que se espere en ellos un cambio que no tiene que suceder de forma inmediata. El que es acogido en su debilidad acaba cambiando. Porque el amor siempre transforma. Me gustaría sentirme acogido siempre y ser capaz de acoger a otros. Acojo mejor cuando estoy esperando la llegada del que viene. Como el zorro le contaba al principito acerca de la amistad y el arte de domesticar: «*Hubiese sido mejor regresar a la misma hora – dijo el zorro. – Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, ya desde las tres comenzaré a estar feliz. Cuanto más avance la hora, más feliz me sentiré. Al llegar las cuatro, me agitaré y me inquietaré; descubriré el precio de la felicidad. Pero si vienes en cualquier momento, nunca sabré a qué hora preparar mi corazón... Es bueno que haya ritos*». Cuando sé cuándo llegará aquel al que amo, me preparo con ilusión para cuando llegue. A veces será así. Lo esperado despierta mi anhelo y mis ganas de encuentro. En adviento espero el nacimiento de Jesús. Sé cuándo llegará. Tengo la fecha clara. El rito está servido. El adviento me enseña a esperar, a anhelar, a confiar en que alguien va a llegar a mi vida. Me gusta mirar la vida así. Como el padre del hijo pródigo que cada día se asomaba al borde del camino esperando la llegada de su hijo. Así espero yo a mi amigo Jesús que viene a hacerse carne en mi vida y yo tengo que prepararme y tener todo dispuesto para acogerlo. Con el oído atento para escuchar sus palabras y sus pasos. Con mi mirada escudriñando el camino por el que vendrá. El que no espera nada del mañana vive sumido en una constante tristeza, en un vacío que duele. El que espera la salud anhela vivir la vida esperando el momento en el que todo cambie. El que espera al amor de su vida aguarda sin impacientarse. La espera es un don que le pido a Dios porque soy impaciente. Me gustaría tener un corazón más paciente, más calmado. Un corazón capaz de esperar cada mañana a que algo suceda. No tengo prisas, quiero hacer bien mi camino. Jesús va a llegar un día pero podrá llegar también de formas que no conozco, no comprendo y no sé bien cómo ni cuándo llegará. Si estoy atento podré llegar a percibir sus pasos caminando a mi encuentro. Acoger a todos significa acoger a Jesús en la carne del que llega. No dudo, no tengo miedo. La actitud es lo importante. Esperar, aguardar, mirar, escuchar. No dejar

[2] King, Herbert. King *Nº 2 El Poder del Amor*

que pase el tiempo y me quede sin ánimo. Todo llegará. Jesús me ha prometido que estará todos los días de mi vida cuidándome, acompañándome. No le tengo miedo a la vida que transcurre con calma. Sé que los sueños se harán realidad y la promesa de Dios se cumplirá en mi vida. Me ha prometido una felicidad que se resiste y una plenitud que aún no poseo. Pero la promesa sigue viva en mi corazón. cada Adviento me renuevo en el deseo de poseer. Llegará el día, sucederá el encuentro, **acogeré y dejaré que otro tenga un lugar en mi vida, en mi alma, en mi terruño. No dudo.**

El Adviento es un tiempo de paz. Quiero encontrar la paz. Quiero vivir en paz para poder pacificar a otros. En este mundo en guerra siento el miedo pegado a la piel. ¿Cómo se acaban las guerras? ¿Cómo se siembra la paz? Me impresionan las palabras de Isaías que hoy escucho: «*¿Por qué nos extravías, Señor, de tus caminos, y endureces nuestro corazón para que no te tema? Vuélvete, por amor a tus siervos. ¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses! En tu presencia se estremecerían las montañas. Sales al encuentro de quien practica con alegría la justicia y, andando en tus caminos, se acuerda de ti. He aquí que tu estabas airado y nosotros hemos pecado. Pero en los caminos de antiguo seremos salvados. Todos éramos impuros, nuestra justicia era un vestido manchado; todos nos marchitábamos como hojas, nuestras culpas nos arrebataban como el viento. Nadie invocaba tu nombre, nadie salía del letargo para adherirse a ti; pues nos ocultabas tu rostro y nos entregabas al poder de nuestra culpa. Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú nuestro alfarero: todos somos obra de tu mano*». He pecado. Acepto que mi corazón se ha endurecido. El viento, la lluvia, el frío, el dolor. Los desencuentros y la búsqueda enfermiza de una paz que no llega nunca. Tiemblo. ¿Cómo se siembra la paz cuando a mí me falta? ¿Cómo se hace el bien cuando me han hecho daño? ¿Cómo se doblega el orgullo cuando es tan poderoso y no le teme a nada? La paz se construye desde el perdón, desde la misericordia. Decía el P. Kentenich: «*La misericordia de su parte, presupone el desvalimiento por mi parte. ¿Quién de nosotros no tendría que decir: estoy desvalido? Sea por un achaque físico. Por este dolor aquí, o esa afección allí, y no sé cuántos quebrantos más. A ello se agrega el desvalimiento a nivel espiritual. Porque nosotros no sólo queremos portarnos bien y ser buenos, sino que debemos ser santos. De la mano de María no sólo queremos ir hacia Jesús, sino también hacia el Padre. Todos queremos ser hijos del Padre. Y qué grande es el peligro de que el mundo nos arrastre con su vorágine. Los ojos de una madre están siempre dirigidos hacia nosotros. La Madre nos atrae hacia sí mediante sus ojos atentos, bondadosos, maternales*»[3]. La misericordia comienza desde la experiencia del perdón recibido. Cuando me encuentro en los brazos de una Madre que me hace sentir en casa y me recuerda que mi vida vale la pena. Siento que valgo. Ella me abraza por misericordia. Todo el amor que he recibido en mi vida ha sido por misericordia. Nunca lo he merecido. ¿No he experimentado muchas veces el desvalimiento? La pobreza de espíritu, la sensación de que la vida se escapaba entre mis dedos. Dejo de sentir dolor. Sólo siento angustia al ver que no soy dueño de mi vida. Porque no me pertenece. No soy propiedad de nadie. Estoy desvalido. Todo lo que veo a mi alrededor tiembla. Y en ese abandono me siento desnudo. ¿Qué puedo hacer para salvar el mundo? Necesito que haya un salvador. Alguien que desde fuera me diga que no tema, que todo va a salir bien. Una mano amiga, una sonrisa, un abrazo por la espalda. No quiero que el mundo me arrastre en su vorágine. El Adviento es la oportunidad para recuperar la paz perdida. Me han hecho daño. He hecho daño. Me siento incomprendido, infeliz, vulnerable. Me siento desvalido porque no tengo cómo salir adelante con mis propias fuerzas. No puedo huir de mí mismo, de mi mundo, de mi realidad. Sólo puedo aceptarla con un corazón alegre. Es mi vida como es y dentro de ella puedo sembrar una paz que ahora no poseo. Tiemblo de miedo, de frío. La angustia de estos días que pasan escapándose entre mis dedos. Poseer la paz es algo pasajero. Cualquier cosa puede quitarme la paz que me da el mundo. La paz de los que me aceptan por mis méritos, por mis logros. Oigo a mi espalda. Te has portado muy bien, felicidades. ¿Cuándo me dirán que ya no me he portado tan bien? Surge la guerra cada vez que no acepto las cosas como son o a las personas como actúan. Quiero que se porten bien conmigo, que me traten bien. Si no me quieren las alejaré de mí, porque me hacen daño, me duele su ofensa, su agresión, su insulto. Incluso aunque no me insulten yo lo veo como una afrenta y sufro. Tengo envidia. Me gusta el poder. Me comparo continuamente. Quiero acabar con mis enemigos. Los reales, los que me he inventado. Quiero mi autonomía y quiero que los demás hagan lo que yo espero de ellos. Que se porten bien, si no es así los apartaré de mi lado. Las guerras comienzan con muros que separan, prohibiciones que limitan, censuras que oprimen. La guerra comienza señalando a los diferentes, a los que no son de los

[3] J. Kentenich, *Conferencia a las familias*, *Lunes por la tarde*, 1956

míos. Comienzan cuando alguien se cree más fuerte que otro e impone su criterio, su forma de ver las cosas. La guerra la empieza el que se siente a disgusto con la realidad y quiere cambiarla. Quiere demostrarles a otros que es poderoso, que puede hacerlo solo. Y comienza la violencia y se acaban la comprensión y la misericordia. Yo empiezo guerras, construyo muros, abro zanjas. Yo alejo a los que creo más poderosos que yo, porque su poder me asusta, su sola presencia. La guerra la empiezo con palabras hirientes, con gritos y desprecios. La comienzo con mi mirada torva y llena de orgullo, de arrogancia. Me asusta ser tan mediocre, tan pobre. Quiero que Jesús nazca y siembre la paz en mi interior. Me cuesta aceptar la vida como es. Y quiero cambiarla con la fuerza de mi espada. **Sembrar la paz exige mucha humildad, mucha paciencia, mucha misericordia.**

Llega el Adviento y siento que estoy metido en mi mundo, en mi soledad, en mi dolor. Me cuesta salir de mí y ponerme en camino a ver a otro, al que importa, a Dios. Decía el Papa Francisco: «*Dios viene a romper nuestras clausuras, viene a abrir las puertas de nuestras vidas, de nuestras visiones, de nuestras miradas. Dios viene a abrir todo aquello que te encierra*». Jesús viene a nacer en mi vida para romper todo lo que está cerrado. Me gusta lo que hoy escucho: «*Pastor de Israel, escucha. Dios de los ejércitos, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña. Cuida la cepa que tu diestra plantó, y al hijo del hombre que tú has fortalecido. Que tu mano proteja a tu escogido, al hombre que tú fortaleciste. No nos alejaremos de ti: danos vida, para que invoquemos tu nombre*». Quiero que Dios me mire y abra mis puertas cerradas. La gruta oscura donde no entra la luz. En Belén uno se adentra en la Basílica de la Natividad. Pasa de la claridad a la oscuridad de una gruta, una cueva en la que se venera y besa el lugar sagrado. Allí donde descansó el Niño en brazos de María. Vino a traer la luz en medio de la noche. Vino a romper las barreras y las puertas que he construido. Pienso en todo lo que me encierra y vuelve egoísta. Dejo de ponerme en camino, dejo de salir, me acomodo, me acostumbro. Me pueden el miedo o la comodidad. Como si no pudiera hacer nada si alguien no lo hace por mí. Encerrado en mi corazón de piedra, no de carne. Mi corazón frío como el hielo. Salir de mí es un ejercicio muy difícil. Tengo que verme desvalido para salir en busca de ayuda. Tengo que haber experimentado mil fracasos para suplicar que alguien más poderoso que yo venga a salvarme. Decía el P. Kentenich: «*El hombre que ante Dios se reconozca pequeño y confiese su miseria, será en cierto sentido "omnipotente" ante Dios y Dios omnipotente será a su vez "impotente" ante él. Aunque yo haya cometido sabe Dios cuántos pecados, lo peor que me puede pasar es cerrarme a Dios, endurecerme ante Él. Dicho en otras palabras: que no sea ante Él pequeño y niño. El hombre niño y humilde obtiene de Dios todo lo que quiere*»[4]. Estoy encerrado y quiero salir. Miro mi pobreza y me cuesta besarla, aceptarla. Duele la herida, duele el abandono, duele la soledad no deseada. Dentro de mis cuatro paredes, como las paredes de un sepulcro. Así no logro encontrar la luz que rompa mis noches. Quiero salir de mí. Subo al santuario en el monte buscando la libertad. No se le pueden poner paredes al bosque. No se puede contener la alegría del corazón alegre. No se puede cortar la carrera del viento ni impedir que el agua del río llegue al mar. Podré poner obstáculos a la vida, pero la vida crece superando las barreras. Temo que la vida acabe en la muerte. Que alguien mate el viento y la ilusión. Que alguien destruya mis sueños. Quiero que surja la vida de mi corazón y brote una esperanza desconocida. Me conmueve una poesía encontrada: «*No dejes de soñar nunca, niño, porque aún no amanece. No dejes de esperar alegre a Jesús que te quiere. Confía en su voz callada. En su abrazo tenue. No dejes de soñar nunca, niño, porque aún no amanece. Lucha cuando estés cansado. Ama sintiendo el rechazo. Corre perdiendo el aliento. Deja de lado las penas. Escribe con trazo firme el principio de una historia. Deja que la paz sea fuerte dentro de tu alma inquieta. No dejes de soñar, nunca, niño porque aún no amanece. Y siembra luces en sombras. De esas que nunca se mueren. De esas que encienden la tierra. Y alegran las almas tristes. No dejes de soñar nunca, niño, porque aún no amanece. Y hacen falta niños con una fe grande. Con un alma honda. Y abierta sonrisa. Hace falta siempre que el alma se abra. En la noche santa cuando Jesús nace. No dejes de soñar nunca, niño, porque ya amanece*». Quisiera ser un niño al comenzar este adviento. Quisiera salir de mi gruta oscura y perdida. Levantar las rejas que no me dejan vivir en libertad. Sueño con cosas grandes fuera de mi gruta. Sueño con una vida mejor que la que ahora sufro. No quiero que el miedo se apodere de mi alma dejándola muerta. No deseo ese abrazo engañoso que acaba con la esperanza. No quiero la soledad, ni la muerte, ni el olvido. Huyo de lo que me encadena dentro de un lugar oscuro donde es imposible volar por encima de mis miedos. Me gustaría salir de mí para ponerme en camino. Escuchar una voz en mi interior que me impulse a dar la vida. *Maranathá* es el

[4] J. Kentenich, *Niños ante Dios*

grito del Adviento. Viene el Señor y no deja de decirme que merece la pena seguir soñando. Que las noches son más cortas en invierno. Y los días me van a animar a salir de mi reclusión. Abrir la clausura, vencer la vergüenza, la tibieza, el pudor y el orgullo. Salir y emprender un camino con rapidez, veloz, el tiempo es corto y la vida merece la pena ser vivida. No me asustan las palabras que intentan retenerme. **Dios me llama, viene a verme, me hace soñar y me alegra el alma.**

Me gustan las palabras del primer domingo de Adviento: *«Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!».* Es la invitación a vivir despierto, a estar atento a todo lo que pueda pasar a mi alrededor. Nada de lo que me pasa deja de importarle a Dios, todo le importa. Aparece en mi vida cuando menos lo espero. Está escondido en la piel de aquel a quien no amo, a quien ignoro, a quien desprecio. En todo lo que me sucede me está esperando, hablándome, pidiéndome que no lo olvide. ¿Y yo que hago? duermo, apago la conciencia, me dejo llevar por la vida frenética que me agota y me vacía por dentro. Me gustaría estar atento. Le doy gracias a Dios porque no se olvida de mí. Me pide que no pierda la paz, que no me canse de volver a intentarlo. Hoy escucho: *«Él os mantendrá firmes hasta el final, para que seáis irreprensibles el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, el cual os llamó a la comunión con su Hijo, Jesucristo nuestro Señor».* Dios es fiel y vela mi vida, está atento a todo lo que me sucede. No me olvida, no me abandona. Amo a ese Dios que sale a buscarme por los caminos cuando yo vago sin sentido. Quiero velar y estar despierto. Quiero dejar a un lado el sueño. No me canso, no desisto del camino que he emprendido. Me gusta pensar en ese Dios que camina a mi lado. No me dejará nunca. Viene a mí en este Adviento y quiere que lo descubra oculto en apariencia humana. ¿Cómo supieron los pastores que lo maravilloso que habían anunciado los ángeles estaba sucediendo en un niño envuelto en pañales? ¿Qué esperanza podrían tener ellos, hombres que vivían lejos de Dios, para creer que ese niño iba a cambiar sus vidas? Un niño indefenso nacido en una gruta. En un momento inoportuno. Cuando no hay claridad sobre el futuro. Me pide Dios que esté en vela, como esos pastores que no se durmieron y lograron escuchar un anuncio que los llenó de alegría. Paciencia, me grita Dios al corazón. Me falta esa paciencia para perseverar. Caminar por la nieve sabiendo que lograré llegar a lo alto de la montaña. Caminar sin tener miedo a lo que pueda suceder. Caminar sin desesperarme. Dios tiene un plan maravilloso para mi vida. Ahora puede que no lo comprenda del todo en medio de la noche. Me pide que abra los ojos y que esté atento. ¿Dónde me está hablando Dios? La meditación de la vida. Miro lo que me sucede y busco el querer de Dios. Me está hablando donde menos lo espero. Con una fuerza desconocida. Me está pidiendo que crea en Él, en su amor infinito e incondicional. Que no escuche las voces de los hombres en las que no está Él. Sólo quiere que sepa leer bien e interpretar de forma correcta lo que me sucede. Me lleno de paz al mirar mi vida. Dios sabe lo que es mejor para mí. No quiero dudar. Su Palabra viene a hacerse carne en mi caminar. Creo en su presencia misteriosa. Velar tiene que ver con acompañar la vida. Significa ser como esa virgen prudente que mantuvo la lámpara encendida y tenía suficiente aceite. Esa virgen fiel que no se olvidó del motivo por el que había abandonado su comodidad. Me alegra esa imagen. Velo para que Dios pueda venir a verme. Para que no me encuentre dormido. Confío en su misericordia y por eso me alegra saber que va a estar conmigo siempre. Quiero aprender a vigilar. A buscar señales y pedirle el don a Dios de saber interpretarlas. No es tan sencillo. Velar y cuidar al que está a mi lado. En él me habla Dios. No quiero vivir buscando en las pantallas entretenimientos que me sacan del presente. Quiero vivir aquí y ahora, sin angustiarme por el futuro, sin enredarme en el pasado. Él quiere estar conmigo cada día y yo quiero estar con Él. A su lado mi vida vale la pena. Se compensan mis derrotas y fracasos. No sé cuándo vendrá Dios a buscarme. Toda mi vida es un Adviento. Jesús viene a encontrarse conmigo y lo hace de una forma que no es tan clara. Me falta fe y sabiduría para interpretar las señales. Quiero despertar del sueño, quiero vivir con el corazón anclado en el cielo. Quiero descubrir en quien está a mi lado la huella de Dios. Jesús viene a la hora menos pensada y quiero estar preparado y atento a su venida. Con paz, sabiendo que cuando venga será el momento correcto, el oportuno. Confío en la mirada de Dios sobre mí. Me mira bien y yo quiero descubrirlo a Él en todo lo que hago. Tengo una tarea en mis manos. La acepto, la asumo, la hago con alegría. Es lo que tengo que hacer, lo que me corresponde. Lo que importa ahora. No me preocupa el futuro. **Cada día tiene su afán y su preocupación**.